

y ese género estuvo completamente abandonado, sin guardia ni vigilancia, durante algunos días.»

Otra prueba suministrada por Hellwald:

«Puesto en peligro por una tempestad, el capitán de un barco, que tenía que transportar mercaderías á la otra parte del estrecho de Bering, arrojaba á los tripulantes, uno tras otro, por la borda sin que ninguno profiriese una protesta. ¿Acaso no se habían ellos comprometido, por su honor, á llevar á puerto feliz todo el cargamento?»

Todo individuo que recoja maderas flotantes y restos de naufragio, no tiene más que depositar su hallazgo en punto donde no alcance la marea alta y ponerle una piedra encima; puede dejarla abandonada todo el tiempo que le plazca, seguro que nadie pondrá su mano encima. Si descubren un escondrijo donde hay carne oculta, no la tocarán aún cuando la más espantosa miseria reine en la familia. Los weddas de Ceilán, incultos entre los incultos, sienten el mismo respeto por las provisiones que encuentran colgadas en un árbol.

Honorabilidad y veracidad son hermanas. El aleuta, que es incapaz de mentir, despreciaría con profundo desdén al hombre que sorprendiese en mentira: no le volvería á hablar en toda su vida. En su exquisita sinceridad, considera como cosa ajena el objeto de su pertenencia que ha prometido á otra persona; lo pone separado de sus cosas, y cualquiera que sea la necesidad que de él sienta, jamás lo tocará. Rechazar uno de sus presentes, sobre todo si es de escaso valor, es declarar que no se le estima personalmente.

Las compras y ventas se hacen por intermediarios. Mientras duran las negociaciones, el vendedor debe ignorar el nombre del comprador y recíprocamente; por timidez, según se nos ha dicho. ¿Y si fuese por hidalguía? ¿Y si fuese por mejor garantizar la equidad en las transacciones?

Durante el tiempo que un miembro de la familia se encuentra enfermo, se abstienen de tratar ningún negocio. ¿Será acaso por respeto al que sufre, por sentimiento refinado de las conveniencias? La mujer queda fuera de todo negocio comercial; se la quiere exenta de toda sospecha de lucro, no trafica en nada, ni con los hombres ni con las demás mujeres.

La teoría de la Renta, que domina toda nuestra civilización occidental; el Capital, reproduciéndose perpetuamente por el trabajo ajeno... ¡qué monstruosidad para esas gentes de buena voluntad, que prestan voluntarios toda herramienta ó instrumento, del que no tienen necesidad inmediata, y á quienes no se les ocurre siquiera la idea de una indemnización si el comprador perdió ó deterioró el objeto! Más bien que el cazador que no puede pasar revista á los cepos por él preparados, tiene derecho á las piezas quien vaya á visitarlos. Para coger pescado, los extraños tienen derecho á servirse de los cebaderos y empalizadas que no han contribuído siquiera á instalar ni establecer. ¿Qué dirían de esas costumbres Terra-Nova, San Pedro y Miguelón? Toda presa excepcional, gruesa como la ballena, ó de especie rara, pertenece á la comunidad; ya se las arreglan ellos de manera que todos participen. Es raro

que un jefe de familia posea otra cosa que una barca y un trineo, sus vestidos, sus armas y algunas herramientas.

Comunistas sin saberlo, los inoítas no tienen sino rudimentos de propiedad privada, la que no obstante saben tan bien respetar. Viviendo en llanuras de nieve, yendo en compañía á la mayor parte de los trabajos del mar, el grande, el vasto y movable mar, que nadie puede dividir en lotes ni cortar en parcelas, el reparto igualitario que hacen de sus productos constituye un seguro mutuo, sin el cual perecerían unos tras de otros. Todo foca capturada es distribuída, al menos en tiempos de hambre, entre todos los jefes de familia. Si no se hacen las partes estrictamente iguales, es porque las mayores se dan á los niños; cuando los adultos carecen de todo desde hace tiempo, los pequeños reciben aún alguna cosa.

El fondo del carácter es tan comunista, que todo esquimal llegado á poseer alguna cosa, es para él cuestión de honor darlo todo, distribuirlo todo, diciendo que se siente más feliz distribuyendo que recibiendo. La escena que transcribimos pasa en las orillas del Youkou:

«Todos los vecinos habían sido invitados. Juegos, cantos, danzas y banquetes duraron varios días. La última tarde, consumida toda provisión, los dueños, vestidos con sus mejores ropas, empezaron á distribuir regalos, dando á cada amigo lo que ellos creían convenirle más. Así repartieron 10 fusiles, 10 vestidos completos, 200 brazaletes de perlas ensartadas y gran cantidad de

peletería: 10 de lobo, 50 de ciervo, 100 de foca, 200 de castor, 500 de marta y numerosas mantas además. Después de esto, el anfitrión y su mujer se despojaron de sus vestidos y los distribuyeron también, vistiéndose luego con harapos, y para terminar, dirigieron á sus huéspedes esta pequeña arenga: ¡Os hemos testimoniado nuestro afecto. Ahora somos más pobres que cualquiera de vosotros y no lo sentimos. No nos queda nada más. Vuestra amistad nos basta!»

Cada cual hizo un gesto como de gracias y se retiraron en silencio. La fiesta había costado quince años de trabajo, de economías y privaciones (Dall). La familia no lo había perdido todo, ya que había ganado en la estimación y el reconocimiento de sus conciudadanos; lo que había gastado materialmente, le era devuelto en honor y consideración. El que ha demostrado tanta munificencia y generosidad, viene á ser una especie de personaje consular, y es consultado en los trances difíciles, y cuando ha hablado, nadie se permite contradecirle.

¡Y su hospitalidad! Los que vienen de fuera se ponen al abrigo bajo la misma tapa que los de dentro. Hall cuenta con emoción cómo un día que volvía transido de cansancio y de frío, una mujer anciana cogió sus pies helados, y después de haberlos bien friccionado, se los metió en su seno para mejor calentarlos.

Aparte sus vicios y desarreglos sexuales, esas buenas gentes han realizado el ideal ebionita. Los «pobres», los de «corazón sencillo», que la *Imitación de Jesu-*

cristo predica el ejemplo; los indigentes y los desgraciados, son sobre todo los que más se aman.

Quien tiene, parte con el que nada posee. El hambriento, sin palabra de excusa ni expresión de ruego, va á sentarse al lado del que come y mete las manos en el plato. Los europeos, siempre desconfiados y prontos á los juicios severos, calificarían de robo y pillaje esas costumbres comunistas. En efecto, los inocentes, en sus primeras visitas á los navíos, hacían como entre ellos, cogían lo que les parecía y se lo llevaban, creyendo que no había otra pena que la de tomarlo. Al apercebirse que los extranjeros juzgaban destestable tal proceder, restituyeron lo que se habían apropiado indebidamente y se ofrecieron á pagarlo para que no se tuviese de ellos mal concepto.

«Esos esquimales, observa Lubbock, tienen menos religión y más moralidad que ninguna otra raza.»

Algunos misioneros griegos, cuya sinceridad honramos, declararon que los aleutas no podrían sino perder con el cambio que ellos les proponían, y que su conversión al cristianismo sería poco deseable (Bastian). Ese ejemplo no es el único; algunos honrados evangelistas daneses dijeron lo mismo de los nicovarianos, y se volvieron á su patria.

¡Cosa singular! Los griegos y los romanos hacían grandes elogios de los hombres que habitaban más allá de los vientos del Norte, «los hiperbóreos sin reproche» que vivían en felicidad perfecta y la más pura inocencia. Por la dulzura de sus costumbres pacíficas, los esquimales hubieran podido inspirar la leyenda: sólo

que los *hyperborei campi* y los *hyperboreæ ora* de Horacio y de Virgilio se les suponía viviendo bajo «un cielo donde el Sol no se ponía», lo que en rigor podría explicarse por el sol de media noche. Pero nosotros no podemos creer que esta leyenda se funde sobre ningún hecho, nosotros la tomamos por toda otra cosa. Acto de fe, afirmación confiada y atrevida, dice ella que la justicia, voto secreto de todos los corazones, no es un triste engaño, y que la fraternidad entre los hombres no es tampoco una quimera. Convencidos de que es posible la realización de su ideal, algunos fervientes han dicho y hasta han creído que su ensueño había ya recibido confirmación y que ello se había visto... ¿Dónde? Lejos, muy lejos, en todos los extremos del mundo, entre los hiperbóreos, entre los ginosofistas de la India, entre los etíopes, en el reinado de Preste Juan, en el de Eldorado, y también en el de la abadía de Thetemo.

—
¿Y nada del gobierno?

En efecto, se nos había olvidado. Lo que nos excusa es que los aleutas no lo conocían prácticamente antes que los rusos fuesen á imponérselo. Nadie mandaba, nadie obedecía. Los balleneros y los augakout ejercían una influencia predominante en virtud de su inteligencia y de su bravura, reconocida como superior; pero cualquiera podía contradecirles, si así le placía. Los ancianos se constituían también en consejo público; y

se respetaban sus juicios porque se les quería. Las islas pobladas, las grandes aglomeraciones, habían llegado á una forma de representación. Un *Tajun* presidente elegido, centralizaba las informaciones, gobernaba como un padre. Se le dispensaba de las rudas tareas; varios remadores estaban encargados, de oficio, de su barco en el bucentauro de Ounimak ó de Ounalaska. A veces poseía algunos esclavos, que se inmolaban á su muerte para que le hiciesen compañía; los kolocas no han abandonado aún esta costumbre. Las prerrogativas del *Tajun* no eran más que honoríficas. Si se le designaba para dirigir una expedición de pesca, terminada la empresa acababa su mando, porque «nuestro enemigo es nuestro amo». Las leyendas estigmatizaban algunos tiranos de tiempos pasados que hubieron de usurpar el poder, y cuyos asesinatos se celebraban como grandes hechos públicos (Rink).

En suma, el esquimal no vive desprovisto de ambición, pero busca menos la dominación que la superioridad; prefiere la dirección al mando. No tienen necesidad, como nosotros, de una autoridad ante la cual sea necesario temblar, ni arma á la Justicia con una espada, ni á la autoridad con una maza con clavos de bronce. Sin cárceles ni guardias civiles, sin alguaciles ni cómitres, ¿cómo se las arreglan ellos? ¡Pobres salvajes, por esta parte no son dignos de lástima!

Dos años después de la expedición de Bering y de Tchirikof, en 1741, el sargento Bassof, estacionado en

el Kamtschatka, construyó un barco con huesos y navegó con buena fortuna hacia las islas aleutas. En 1745, otro ruso, Miguel Nevodskof, visitó el archipiélago. A su regreso contó que las más preciosas peleterías de zorros árticos, de osos y de nutrias marinas, abundaban en esos lejanos parajes. Sus relatos maravillosos excitaron el entusiasmo de las gentes atrevidas, decididas á triunfar cueste lo que cueste. Solos ó por grupos, aventureros cada día más numerosos, se pusieron á la cabeza de los indígenas inofensivos y bien pronto los trataron como esclavos.

En 1764, el gobierno ruso concedió la explotación del archipiélago á una compañía denominada Sibero-Americana, cuya residencia administrativa y política debía estar en Petersburgo y la principal sucursal en Yrkoutsk. Concebida sobre el modelo de la Compañía de las Indias, se proponía la conquista de los kowiles y del Archipiélago aleuta, hacerse fuerte en el continente americano desde el grado 54 Norte hasta el mar Glacial, con el propósito de llegar hasta el Japón y hacer maravillas. Se le concedió el derecho de reclutar soldados, construir fortalezas y enarbolar bandera. Todo á cambio de ceder en provecho de la corona el diez por ciento de sus beneficios netos, sin perjuicio de un tributo en peleterías que pagarían los naturales: «Con piel de otro ancha correa.»

Los civilizadores llegaron con cañones, metralla y proclamas magníficas. Llevaban la abundancia, decían ellos, las artes y las industrias de Occidente; llevaban también las felicidades eternas que dispensa la reli-

gión ortodoxa; llevaban hachas y cuchillos, hierro y acero, maderas y mantas, varias cosas útiles y otras que la novedad hacía parecer admirables; llevaban sobre todo tabaco y el maravilloso y atractivo aguardiente, por el cual todo salvaje daría su alma. Ellos pasaban por seres divinos y su emperador como Dios del mundo. Vistas las bienandanzas que producía su sola presencia, no podían hacer menos que adjudicarse el territorio é imponer algunos impuestos. Y los aleutas entregar sus peleterías y admirar la generosidad de los extranjeros. Un día los agentes de la Compañía impusieron la orden de entregar la mitad del producto de la caza y de la pesca «para mejor repartirlas según las necesidades»; los indígenas obedecieron creyendo que sus huéspedes harían la distribución con más inteligencia y equidad que lo hacían ellos mismos. Ya se adivinará cómo se hizo el reparto y se adivinará también cómo el fusil, terrible lógico, hizo justicia cuando vinieron las reclamaciones. Sin duda ese abandono confiado era inexcusable necesidad. ¡Pero admirar la diferencia de hombre á hombre, de salvaje á civilizado! Que la Asistencia pública pidiese solamente á los parisienses la mitad de sus rentas, beneficios y salarios para distribuir las en provecho de los pobres, de los necesitados y suprimir la miseria... ¡Cómo se les contestaría!

Cuando el poder estuvo consolidado, los rusos se quitaron la máscara de filantropía y esquilmaron de temporada en temporada la parte de los hambrientos y necesitados. Para amontonar la peletería, para llenar las barricas de aceite, se hicieron tan crueles como lo ha-

bían sido los españoles para amontonar oro. El negociante no tardó en convertirse en asesino. Se vió quién se divertía alineando á los miserables indígenas en línea cerrada y apostando sobre el número de cabezas que atravesarían las balas de carabina (1). Prendían á las mujeres é hijas y las conservaban en rehenes en ausencia de los padres y maridos. En las altas esferas se tuvo por fin vergüenza de lo que pasaba; y la emperatriz Catalina, muy piadosa, como se sabe, queriendo hacer algo, decidió en 1793 que se enviaran misioneros á esos pobres aleutas para inculcarles el cristianismo y galeotes para que los iniciaran en la agricultura. El buque los *Tres Santos* condujo un cargamento de forzados. La ilustre amiga de los filósofos y de los economistas, no imaginaba nada mejor en favor de los desgraciados indígenas. ¿Pero quién lo hubiera creído? Las cosas fueron de mal en peor. En 1799 se reorganiza nuevamente la empresa, «con objeto de realizar una obra civilizadora, si hay que creer el rescripto oficial, y á fin de promover el comercio y la agricultura, facilitar los descubrimientos científicos y propagar la fe ortodoxa.» Para ciertos objetos, la Compañía, confirmada en sus derechos y privilegios, fué transformada en representante y delegada de la corona, que le concedió soldados. Resistirse contra sus órdenes vino á ser crimen de lesa majestad. Los aleutas, que habían sido entregados como súbditos, fueron tratados como es-

(1) Sauer, Billing's, *Espedition* apénd. 50, Sabalischin Sibirische Briefe, Moskauer Zeitun.

clavos; sin darles ninguna remuneración, sin alimentarlos siquiera, se les rendía á fuerza de trabajos. Cuando presentaban el número de pieles exigido, no habían hecho otra cosa que cumplir con su deber, y desgraciados de ellos si no lo cumplían. A pesar de los esfuerzos de los misioneros, por entre los cuales se encontraba ese bravo Inocencio Viniani, la evangelización no adelantaba gran cosa. Pero he aquí que se les ocurre eximir del pago de todo impuesto á los neófitos durante tres años consecutivos. ¡Milagro! Eso fué un nuevo pentecostés, la gracia se esparció á raudales, la verdad iluminó los corazones, las multitudes corrieron hacia las pilas bautismales. Pero la felicidad eterna era despreciada mientras no se daba una manta ó un cuchillo como arras; para aceptar el Paraíso se exigía un ovillo de cordel y seis anzuelos (Golovnine).

Los jefes de la Compañía se titulaban á sí mismos de Muy Honorables; calificaban de Honorables á sus principales empleados y se dignaban calificar de Semihonorables á los escribientes y contadores, calificativo demasiado elevado aún. Krusenstern, un marino honrado, declaraba que para entrar en ese servicio era necesario ser un mal sujeto, aventurero de la peor especie. He aquí lo que dice Langsdorf:

«Los aleutas están mandados por algunos aventureros, facinerosos ignorantes y malvados, que crímenes repetidos les han obligado á abandonar su país natal. Hacen lo que les viene en gana y no tienen que dar á nadie cuenta. Una peste terrible haría menos estragos que esa administración.»

El naturalista Kittlitz, que acompañó al almirante Lutke por esos parajes y fué alojado en las distintas factorías de la Compañía, no se atrevía á decir la verdad, pero la dejó adivinar:

«La Compañía ruso-americana exige el servicio de la mitad de toda la población masculina desde los diez y ocho á los cincuenta años. El trabajo es completamente gratuito. Contrata también algunos asalariados. Durante seis meses los hombres van á la pesca de animales marinos, y durante los otros seis meses del año cazan por tierra. En esas condiciones, es difícil comprender cómo pueden quedar bastantes brazos para subvenir á las necesidades de la familia.»

Tres generaciones de cristianos y civilizadores bastaron para despoblar el país. Las islas eran ricas en animales de piel valiosa, pues era necesario exterminar estos animales. Sólo de las islas Pribylón se exportaron 2.500.000 pieles de osos marinos durante los primeros treinta años que siguieron al descubrimiento (1787-1817). Mataron tanto, que cierto año (1803), próximamente 800.000 pieles estaban amontonadas en los almacenes, y como no había salida para ellas, se prendió fuego á la mayor parte. La explotación alcanzó su término lógico: la ruina. Ese pillaje llegó á costar bastante más que producía; el negocio era ya negativo, y en 1867 se vendió la Aleutia á los Estados Unidos, con los pocos aleutas que quedaban todavía.

¿Qué harán los americanos de ese nuevo territorio, del que ellos son ahora los responsables? ¿Cómo tratarán á los indígenas? Como á los pieles rojas, probable-

mente. Aunque quisieran resucitar al pueblo infortunado, no podrían; está ya agonizando. Pero si quieren endulzar su fin, que se den prisa.

Hambrientos, cansados, perseguidos, los pobres esquimales le han cogido asco á la vida. ¿Para qué la satisfacción de tener hijos que serían incapaces de mantener? ¿Para qué aumentar el número de los desgraciados? Cuando desembarcaron por primera vez los civilizados, escoltados de sus bienaventuranzas, los aleutas alcanzaban un contingente de cien mil, si hemos de creer á los primeros traficantes, pero la cifra nos parece algo exagerada. La evaluación, quizás aun exagerada, hecha por Chelikof en 1791, se elevaba á cincuenta mil, de la cual el padre Joasaph decía, exagerando en grande, haber convertido la cuarta parte. En 1860 los registros no acusaban más que diez mil individuos, y en ese total, comprendidos rusos y mestizos, los aleutas propiamente dichos apenas si llegaban á dos mil (1). El cambio de amos no podía producir, no ha producido mejora inmediata. Así, por ejemplo, entre los oulongas, visitados por Dall, sobre una población mixta de 2.450 individuos, la mortalidad es de 130 y los nacimientos de 100. Los aleutas son poco fecundos. Se está de acuerdo en consignar que la raza entera de los esquimales decrece rápidamente,

(1) El censo americano efectuado en 1880 en el territorio de Alaska, por M. Petrot, arroja 2,214 aleutas y 16,303 inoítas esparcidos por los distritos del Kadiak, la bahía de Bristol, Kouskokolm, Youkon y Bering septentrional de la costa ártica.

salvo tal vez en los distritos groenlandeses, sobre los cuales Dinamarca prodiga una solicitud paternal.

Entre los inoítas hace estragos la consunción, que hace perecer por sí sola más individuos que todas las demás enfermedades; y ese terrible azote, hasta hace poco conocido, es la civilización quien lo ha llevado, según Hall. Al lado de éstos, los pieles rojas son destruidos por la viruela, triste regalo de los Caras Pálidas.

¿Por qué esa acción funesta del civilizado sobre el salvaje? Otros apreciarán las causas fisiológicas; examinemos nosotros algunas de las causas morales que producen ese resultado.

Tomados por dioses, fuertes por el prestigio que rodea al civilizado, por grosero é ignorante que sea, los rusos no tuvieron más que presentarse para tomar posesión de todo el archipiélago y reducir sus moradores á la servidumbre.

— ¿El aleuta era acaso cobarde é indigno de la libertad?

— No, por cierto. Escuchad lo que dice de esa raza uno de los hombres que más la conocen, Hall:

«Los inoítas, inoítas son é inoítas serán. La independencia es el rasgo esencial de su carácter; no soportarán jamás la coacción cualquiera que sea el compromiso contraído ó que se les haya hecho contraer. Nacidos libres sobre una tierra salvaje, quieren ir y venir á su gusto; nunca se dejarán conducir por el látigo.»

¿Los aleutas se han dejado acaso conducir por el látigo?

Por el látigo... eso merece explicación. Los rusos hubieran empleado gustosos el vergajo, su procedimiento nacional, sobre esos bonachones insulares, que se dejaban matar casi con indiferencia, y que, sin pronunciar palabra, se suicidaban después de haber recibido un bastonazo. Precisamente porque los rusos los querían tratar á latigazos los aleutas mueren ó han muerto casi todos. Como la vida sin libertad no tiene para ellos ningún encanto, pensaron huir al otro mundo para librarse de los extranjeros y cobradores de impuestos. Empezaron por entregarse sin reserva, pero no habían creído que fuese para ser azotados. Dóciles y disciplinables en alto grado, aceptaron con sencillez ingenua la dirección de hombres cuya superioridad exageraban, tomándolos por hermanos mayores. ¿Qué no hubiesen conseguido otros hombres inteligentes y buenos con esos indígenas que se ofrecían voluntariosos y de buen grado? ¿Pero para qué las almas y los corazones nobles? Los filibusteros no querían otra cosa que aceites y saín, pieles de marta y de reno.

Generalicemos la cuestión:

En las luchas por la existencia, al través de las cuales la humanidad se abre un camino sangriento, las virtudes pasivas son ahogadas por los vicios agresivos. Y, sin agitar la cuestión de «vicio» y «virtud», se ha visto por todas partes, al contacto de los blancos, venirse abajo los sistemas políticos y sociales, caer en desuso las antiguas costumbres, quedar sin objeto las distinciones anteriores. Lo que los indígenas habían tomado por dioses, por buenos espíritus, por pastores

y protectores, tuvieron que transformarlos en diablos del infierno; la conciencia corrompida había perdido la noción sobre las cuestiones del «bien» y del «mal». El fusil y aguardiente: no había otra cosa. Los jefes, escarnecidos por patanes y groseros venidos del otro lado del mar, se sintieron degradados, perdieron toda voluntad, toda dignidad delante de la pistola, trueno de bolsillo; los hechiceros mismos habían perdido la cabeza, reconociendo su ridícula impotencia ante la gran magia de los blancos. Los brazos del guerrero caían sin movimiento delante de las armas que parecían tener el poder del rayo; con sus arcos y sus flechas, un héroe no podía ser otra cosa que un necio enfrente de una carabina. Al perder toda confianza en ellos mismos, perdían toda alegría de vivir y hasta su temperamento. Nada de gozo y alegría, no más cantos ni bailes, nada de imaginaciones grotescas y bufonas. Encerrémonos en un día triste y sombrío, en una atmósfera densa y pesada; bajemos pletóricos de vida á una cavidad funeraria... la de nuestra nación; muramos con lo que fué nuestra patria (Dall).

La civilización moderna, irresistible cuando ataca y desorganiza las sociedades bárbaras, demuestra una singular falta de destreza cuando pretende mejorarlas. Ello es falta de bondad, falta de humanidad. Nuestro genio no puede presentarse ni amable ni simpático. ¡Es de bien mal augurio encontrar un pueblo tan dulce y pacífico, tan bien dispuesto á la justicia y á la equidad, para no saber sino subyugarlo y fustigarlo, diezmarlo y destruirlo! Ese pequeño pueblo esquimal te-

nía alegría, buen humor y bravura; no deseaba más que trabajar para vivir y, como jovial, cantar, bailar y festejar. Y desde que nuestro progreso le tocó, helo triste y sombrío. Ese pueblo es aún un niño, pero un niño profundamente disgustado; nosotros le hemos destrozado sus ingenuos entusiasmos con tantas injusticias, le hemos turbado y enloquecido, hemos roto su gran resorte, hemos extinguido la vida en sus orígenes.

Eso mismo sucedió á los gauchos, no ha mucho uno de los tipos más perfectos de nuestra especie. Sencillos, felices, inocentes, merecieron que se diese á sus islas el nombre de «Afortunadas». Nosotros los suprimimos — ¿por qué y cómo?... Y cuando haya desaparecido el último de esos pobres aleutas se oirá decir:

«¡Qué lástima!»

LOS APACHES

Cazadores, nómadas y bandidos

El nombre de apaches es el término genérico que se da á varias tribus indianas de la América del Norte, entre las cuales diversos autores comprenden los camachos, los navajos, los mohavos, los hualapais, los yumas, los yampas y los athapaskes meridionales, dividiéndose ellos mismos en hordas numerosas, de entre las cuales designaremos los mescaleros, llaneros, zicarillas, chiriguais, kotchis, piñaleños, coyoteros, gileños y mimbrenos. Los apaches propiamente dichos se han dado á sí mismos el apelativo de *Shis Inday* ú hombres del bosque. Recorren, más bien que habitan, el vasto territorio de límites indecisos que desde las riberas del Gran Lago Salado al Norte baja hacia Chihuahua al Sur, y se extiende desde la California y el Sonora al Oeste hasta Tejas y Nuevo Méjico al Este; está surcado por el río Grande que desemboca en el Atlántico, por otro río Grande y por el río Gilo, que desembocan en el Pacífico. Región rocosa, elevada de